**EVALUACIÓN FORMATIVA EN EL AULA**

**Carolina Azócar Fuentes**

El Decreto 67 de Evaluación y Promoción (2018), nos ofrece cambiar la mirada del proceso de evaluación que a diario realizamos en nuestras unidades educativas, entregando directrices y autonomía para dirigir estos procesos de acuerdo a la realidad de cada una de las escuelas, fomentando aprendizajes de calidad y la evaluación entendida como una oportunidad para aprender.

Aunque comúnmente evaluación y calificación se suelen usar como conceptos sinónimos e intercambiables, en términos técnicos, evaluar y calificar no es lo mismo. La evaluación es el acto o proceso cognitivo por el cual se establece una afirmación respecto de la calidad, valor o importancia de cierta entidad (Scriven, 2013); por su parte, la calificación es una representación del logro del aprendizaje en un número, símbolo o concepto, que permita transmitir un significado compartido respecto a dicho aprendizaje (Mineduc, 2018).

En palabras simples, cuando evaluamos lo que hacemos es un juicio de valor acerca de las cualidades de un objeto de interés, cuando calificamos asignamos un número, concepto o símbolo a esas cualidades.

Desde esta mirada, entendemos que la evaluación formativa, tiene un rol fundamental en estos nuevos tiempos (Post pandemia), ya que nos permite recoger información valiosa acerca de cómo y qué van aprendiendo nuestros estudiantes.

La evaluación formativa, tiene como finalidad retroalimentar a estudiantes y maestros en las distintas etapas del proceso de aprendizaje (Bloom, 1969, en William, 2011) y junto con ello, se caracteriza porque el docente la utiliza para tomar decisiones respecto de su enseñanza a partir de lo observado.

Para poder cambiar nuestra cultura evaluativa y centrar nuestros procesos de enseñanza aprendizaje teniendo como principal foco la evaluación formativa, debemos considerar lo que significa la evaluación sumativa para nuestros estudiantes y cuál es el impacto emocional que tiene en ellos.

Los invito a reflexionar en las siguientes situaciones: Si le preguntamos a un niño/a *“¿Cómo te fue este año en el colegio?”*, probablemente su respuesta será, *“Bien, termine con un 6,5” o “más o menos, termine con un promedio 5,3”*. Es muy poco probable que frente a esta pregunta obtengamos respuestas del tipo *“Bien, aprendí cosas super interesantes”*. Si analizamos estas respuestas, podemos darnos cuenta que la nota (calificación) suele adquirir preponderancia radical por sobre el aprendizaje y marca de manera importante la experiencia educativa de los estudiantes: para bien o para mal, puede ser un estímulo o un obstáculo para estar motivado y participar de la experiencia de aprender.

A partir de estas experiencias podemos constatar que nuestros estudiantes se esfuerzan por obtener una determinada nota, más que por aprender.

Y es ahí donde viene nuestra reflexión; ¿Cómo podemos cambiar esta mirada?, ¿Cómo podemos lograr que nuestros estudiantes gusten de aprender, de obtener experiencias de aprendizajes y que su motor no sea solo una calificación?

**Calificar menos, evaluar más**

Para poder responder a estas interrogantes, se hace necesario cambiar la mirada de nuestros procesos evaluativos centrándonos en “calificar menos y evaluar más”.

La evaluación formativa ofrece a maestros y estudiantes múltiples formas de recoger información sobre los procesos de enseñanza aprendizaje. Esta mirada invita a comprender que, en una clase con foco en los estudiantes, la evaluación y la enseñanza van de la mano.

La participación del estudiante en el proceso de evaluación tiene como principal objetivo tomar conciencia de la brecha de aprendizaje que existe, tener claridad de donde estoy y cuanto me falta para conseguir el aprendizaje esperado. En este sentido la evaluación formativa, favorece la reflexión, la autonomía y la metacognición por parte del estudiante (autoevaluación y coevaluación).

Involucrar a los estudiantes, que sean partícipes y protagonistas de su propio aprendizaje, que cuestionen con oportunidades de aprendizajes tan simples como una pregunta que los sorprenda, con un rol activo en la forma que quieren ser evaluados, con instancias de retroalimentación efectivas y oportunas, donde el error es entendido como una oportunidad de mejorar y el demostrar sus aprendizajes sea el motor que los impulse a avanzar, es lo que debemos entender como evaluación formativa.

El rol del docente es fundamental en el cambio de cultura evaluativa de un establecimiento educacional, ya que el quehacer pedagógico en el aula debe apuntar a los siguientes elementos:

* Comunicar a los estudiantes las metas que deben lograr. Explicitar que se espera que aprendan.
* Recoger variada evidencia de lo que están aprendiendo.
* Abrir oportunidades de participación a todos los estudiantes para generar compromiso en el aprendizaje.
* Retroalimentar de forma sistemática y oportuna identificando fortalezas y áreas que deben ser mejoradas.
* Intencionar el aprendizaje y la evaluación entre pares.

Es clave pensar la evaluación formativa como un proceso más que como un evento puntual, un proceso que establece una sociedad entre profesores y estudiantes, una ruta que comienza con el docente y a la que los estudiantes se integran para reunir evidencias esenciales que ayuden a dar el siguiente paso en la mejora del aprendizaje.